

José M. Roca

## Las izquierdas y los movimientos nacionalistas.

### Posiciones y paradojas durante la Transición

La cuestión nacional, el problema del nacionalismo o de las nacionalidades, ahora agravado por el proceso independentista catalán, es, en España, un tema que recorre todo el siglo XX y lo que llevamos de este.

Desde que se instauró el vigente régimen representativo, hace cuarenta años, no se ha dejado de percibir el esfuerzo de los nacionalistas vascos y catalanes por hacerse oír. Un bien propagado victimismo ha unido una queja continua sobre el presente a la exigencia de satisfacer afrentas pasadas, como si el resto del país e incluso una parte de la población de los territorios gobernados por partidos nacionalistas hubiera contraído con ellos una deuda histórica difícil de saldar. De ahí han venido los intentos del PNV y de CiU de establecer un trato bilateral y preferente con el Estado español y la persistente reclamación de obtener más competencias y mejor financiación que el resto de gobiernos autonómicos, así como el gesto de agravio si tales demandas no eran atendidas con prontitud.

La búsqueda de unos signos que denoten una identidad colectiva fuerte y duradera lleva a los grupos nacionalistas a preguntarse por el ser y el devenir, y por los lazos simbólicos y materiales que aseguren la permanencia en el tiempo de la comunidad imaginada para cumplir el mandato de la tierra -la madre patria- y ocupar el lugar que la historia les tiene reservado como sujetos políticos entre las otras naciones.

La enfermiza atención de estos movimientos hacía sí mismos y la insatisfacción percibida entre lo que consideran potenciales capacidades de su superior naturaleza y las limitadas expectativas políticas que ofrece el orden político vigente, les conduce a preguntarse de manera casi angustiada por los rasgos de su identidad y por el rango que, de acuerdo con ella, merecen. Y el "procés" es la respuesta a tales preguntas.

¿Qué son los catalanes? ¿Qué es Cataluña? ¿Qué puede ser Cataluña? y, sobre todo, ¿qué debe ser Cataluña, hoy día? Estas son las preguntas a las que el "procés" ha dado una categórica respuesta: los catalanes somos un pueblo; Cataluña es una nación; queremos un Estado propio y soberano, y lo vamos a conseguir mediante una declaración unilateral de independencia.

Son respuestas que satisfacen a una parte de los catalanes, electoralmente al 48%, pero que, implícitamente, remiten a otras que inquietan a muchas más personas, porque aluden a España, a la unidad y a la diversidad nacional, a la vinculación de sus regiones (o naciones) y a qué cosa o entidad es España. ¿Es una nación o sólo es un Estado? ¿Es una nación o varias naciones? En todo caso, ¿cuáles naciones? ¿Cuántas naciones? ¿Y cuántos posibles estados?

Estas preguntas ya se plantearon en los años finales de la dictadura y durante la Transición, y los partidos de la izquierda, primero casi todos, y después los de la izquierda radical ofrecieron unas respuestas tan diferentes que, realmente, la pregunta quedó sin contestar de modo concluyente, aunque el problema político quedó aparentemente resuelto con el desarrollo del Estado autonómico.

**España, según los partidos de izquierda**

En aquellos años, tanto los dos grandes órganos que agrupaban a la oposición al régimen franquista, la Junta Democrática de España, que reconocía tres naciones, Cataluña, País Vasco y Galicia, y la Plataforma de Convergencia, que reconocía el derecho de autodeterminación, y desde luego las plataformas regionales, como casi todos (alguna excepción hubo) los partidos de la izquierda de influencia marxista y no nacionalistas, desde el PSOE, pasando por el PCE y la extensa familia de partidos de la izquierda radical (prosoviéticos, leninistas, maóistas, trotskistas y consejistas, además de los grupos ácratas), aceptaron como buenos los argumentos del nacionalismo periférico, considerado progresista ante el nacionalismo español representado por el régimen de Franco, que era retrógrado, y defendieron el derecho de autodeterminación de las nacionalidades. Aunque los dos grandes partidos de la izquierda que aceptaron los pactos del proceso constituyente (PSOE y PCE) corrigieron sus primeras declaraciones.

En el PSOE, la resolución sobre el derecho de autodeterminación, aprobada en el XXVI Congreso (Suresnes, 1974), se mantuvo en el XXVII Congreso (Madrid 1976), pero pronto se apostó por los gobiernos autonómicos como solución al problema de las nacionalidades. Otro tanto ocurrió en el PCE, que, en 1975, en el Manifiesto Programa mantenía dicho principio, pero luego, sin renunciar a él, aceptó el marco autonómico, como una solución por etapas hacia una hipotética autodeterminación en un futuro por determinar (Santiago Álvarez: "Notas sobre el problema nacional en España", Nuestra bandera nº 84, marzo-abril, 1976).

Los partidos de la izquierda radical se apoyaron en el principio del derecho de autodeterminación, enunciado por Lenin en varias ocasiones y divulgado sobre todo en sus "Tesis sobre la cuestión nacional", y sostuvieron su vigencia para aplicarlo a España, sesenta años después de cuando

fue aplicado en Rusia.

Una posición semejante a la del PSOE y el PCE respecto a las autonomías la adoptaron el PTE, la OCE-BR y la ORT como salida táctica inmediata, pero, sin renunciar al principio general, que las fuerzas de la izquierda partidarias de la ruptura con el Régimen mantuvieron como un objetivo irrenunciable, pues la resistencia a aplicarlo se tomó como un signo evidente de la continuidad del franquismo bajo una apariencia democrática. *Nada ha cambiado*, afirmaron los dirigentes de ETA durante décadas para justificar la permanencia de la estrategia terrorista, emprendida en los años de la dictadura.

Aceptando con pocas reservas los discursos de los partidos nacionalistas, el dictamen que surgió de las posiciones de las izquierdas fue, en síntesis, el siguiente: España no existe, lo que existe es el (represivo) Estado español; la nación española es una ficción, porque lo que existe son varias naciones en el territorio peninsular e insular, aunque a la hora de determinar cuáles eran tales naciones no había acuerdo.

Tres naciones -y tres posibles nuevos estados- se admitían por todos los grupos como seguras -Cataluña, Euskadi y Galicia-, a las que en algunos casos se añadía Castilla, que era la nación hegemónica y la opresora de las otras, y el resto era España o el Estado español. En otros casos se admitía Canarias, que para algunos grupos era una colonia africana, similar al Sahara español o a Ceuta y Melilla. Otras naciones (y estados) probables eran Navarra, Andalucía, el País Valenciano y las islas Baleares, habitadas, según el PCE(i), por un pueblo *euroafricano*.

Ningún partido negó la posibilidad de que pudieran surgir más naciones, si así lo decidían los habitantes de ciertas regiones; pero nadie señaló que pudieran aparecer 17 naciones, tantas como comunidades autónomas hubo luego.

El Estado español era, por tanto, un Estado plurinacional, cuyas naciones eran oprimidas por un centralismo al que no le faltaron

calificativos (ultracentralismo, centralismo asfixiante, feroz, fascista, despótico o monarca-fascista); era el resto del imperio, que debía seguir el mismo camino que los demás componentes del viejo imperio español y descolonizarse del todo. Lo que quedase de España importaba poco. *La unidad del Estado y de la patria nos importan un comino*, afirmaba Acción Comunista en uno de sus boletines, aunque este sentimiento estaba bastante extendido entre la izquierda, dado el abuso que la propaganda de la dictadura había hecho de palabras como *patria* y *España*.

Como se afirmaba, graciosamente, que, a causa de la anómala e incompleta revolución burguesa en España, las burguesías nacionales habían abandonado la lucha por los derechos de las nacionalidades oprimidas, el proletariado de estas debía ponerse en cabeza de estas reivindicaciones burguesas pendientes y establecer pactos con las fuerzas nacionalistas más consecuentes con este objetivo, que para ser alcanzado con plenitud, debía rechazar la restauración de los estatutos de autonomía de los años treinta, por estimar que eran una solución insuficiente para ejercer el autogobierno y proteger las lenguas y culturas nacionales. De acuerdo con tal fin, en las nacionalidades se reclamaban elecciones libres para formar asambleas nacionales constituyentes, que, apoyadas en refrendos populares, pudieran decidir sobre si seguir dentro de España o fundar naciones separadas, y sobre su relación con otras regiones que estuvieran en similares circunstancias, es decir, si decidían mantenerse como países independientes o si optaban por vincularse a las demás naciones en un Estado único, que podía adoptar, según los programas, la forma de República Federal Democrática, República Democrática, Unión de Repúblicas Socialistas Ibéricas, República Popular y Federativa, Federación de Consejos Obreros de la Península Ibérica o Unión de Repúblicas Libres de España, entre otras fórmulas.

De tal dictamen se desprenden varias para-

dojas. La primera, en lo que parecía una estrategia mecánicamente opuesta a la del franquismo, que definía España como *Una, Grande y Libre*, era intentar fundar el nuevo régimen político sobre la previa ruptura del país existente; separar lo que estaba en buena parte unido, y no sólo económicamente, para volverlo a juntar después con otros criterios, en teoría, más justos. Hipótesis (de bricolaje) que era arriesgada, pues, más que conquistar el Estado burgués para ponerlo al servicio del proletariado o del pueblo insurgente de todo el país, según un principio fundamental de la lucha de clases, optaba por disgregarlo, quizá para siempre, en estados nacionales, como si en estos micropaíses la izquierda pudiera vencer con más facilidad al enemigo de clase (fuere centralista o periférico) y proponer después la unificación de todos ellos en una federación socialista o en una república popular democrática. Era una posición cercana al anarquismo, que revelaba una gran debilidad teórica respecto a la concepción del Estado -ora dividido, ora unificado; ora grande, ora pequeño-, y como táctica política era de una insensatez notable por la dificultad de explicar a los trabajadores los vaivenes en las alianzas y los cambios de estrategia, que revelaba, además, falta de honestidad a la hora de presentarse ante la gente para gobernar todo el país que se pretendía disgregar. Con esa idea, los partidos de la izquierda radical de entonces, y Podemos ahora, no podían aspirar a ocupar legítimamente el Gobierno central, ni a administrar el Estado español, que podía llegar a ser un ente residual, resultante del reparto territorial en democráticas taifas, con lo cual, el Estado (democrático o proletario) sería una fantasmal burocracia suspendida en el espacio o ejerciendo su función sobre un territorio mínimo.

Desde el punto de vista del marxismo más ortodoxo, dicha posición suponía una contradicción flagrante con la idea, emanada del *Manifiesto del Partido Comunista*, de que, como el capital es internacional y carece de patria, los trabajadores carecen

también de ella. En una sentencia que anticipa la evolución del capitalismo (global, diríamos hoy), Marx y Engels señalan: *El aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desaparecen de día en día con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia que les corresponden. El dominio del proletariado los hará desaparecer más deprisa todavía. La acción común del proletariado, al menos el de los países civilizados, es una de las primeras condiciones de su emancipación. Al mismo tiempo que el antagonismo de las clases en el interior de las naciones, desaparecerá la hostilidad de las naciones entre sí.*

Pero en el caso de la España de 1975, parece que la estrategia comunista debía ser la contraria: si los trabajadores carecían de patria o estaban alienados por la patria franquista, en vez de trabajar para unirlos en una sola clase, eliminando los obstáculos que se oponían *-esta organización del proletariado en clase y, por tanto en partido político, es sin cesar socavada por la competencia entre los propios obreros (Manifiesto)-*, y en una sola lucha, había que ofrecerles varias patrias, en el sentido burgués y pequeño burgués, y promover el conflicto entre naciones, al menos entre las rebeldes naciones emergentes y la gran nación opresora, aunque ello fuera en detrimento de la lucha de clases y de la unidad de los trabajadores para constituirse en una sola clase nacional.

*Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen. Mas, por cuanto el proletariado debe, en primer lugar, conquistar el poder político, elevarse a la condición de clase nacional, constituirse en nación, todavía es nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués (Manifiesto Comunista).*

Abandonada por principio, la unidad del país (España como totalidad) sería asumida, en su versión más autoritaria y centralista, por el partido conservador Alianza

Popular, luego Partido Popular, como uno de los epígrafes más firmes de su programa, con lo cual, la izquierda radical, apostando por la independencia de los hipotéticos fragmentos, regalaba el país entero, e incluso el nombre -España-, a la gestión de la derecha heredera del franquismo.

Idéntico peligro para la lucha de clases y aun para la supervivencia de la propia izquierda, encerraba la segunda paradoja.

Una de las premisas fundamentales de las izquierdas de todas las tendencias era alcanzar la unidad política y organizativa de los trabajadores, según unos programas, y según otros, la unión de la clase obrera y el pueblo, como requisitos indispensables para obtener la victoria sobre la clase dominante, la burguesía o bien la oligarquía. Pero colocarse a la cabeza de la defensa de los derechos de las nacionalidades oprimidas y entablar alianzas con las burguesías y pequeñas burguesías nacionalistas suponía, por un lado, fragmentar la táctica y las luchas obreras por territorios y, por otro, subordinar los intereses de clase y la unidad de los trabajadores a la estrategia de las fuerzas burguesas regionales (no más progresistas que las nacionales), máxime en lugares como Cataluña y el País Vasco, donde los trabajadores formaban la vanguardia de la confrontación con el franquismo y donde tales luchas, junto con las de Madrid y otras zonas industriales, mostraban un carácter anticapitalista más acusado y un grado de contundencia y organización mayores. Es decir, someter la táctica de la izquierda revolucionaria a la de la burguesía y la pequeña burguesía regional, en lugares donde la clase obrera era la fuerza motriz y dirigente de la lucha antifranquista, en aras de culminar la tarea que las fuerzas liberales había dejado pendiente, en el siglo XIX, en una anómala e inconclusa revolución burguesa.

Alianzas interclasistas más difíciles de entender si se tiene en cuenta que apoyar los movimientos nacionalistas suponía, en primer lugar, aceptar, para mantener tales alianzas, los sentimientos supremacistas

que en dichas nacionalidades discriminaban a los trabajadores foráneos, inmigrantes españoles calificados despectivamente de "maketos" en el País Vasco y de "xarnegos" en Cataluña, que soportaban así una doble opresión: de clase, por ser trabajadores, y étnica, por ser migrantes. Y en segundo lugar, someter la estrategia socialista a la de los partidos nacionalistas y subordinar la lucha de clases a la lucha de razas, que, de forma latente y a veces explícita, animaba la postura supremacista de los nacionalistas.

La tercera paradoja es aún más chocante, pues, a pesar de que los programas de la izquierda y de la extrema izquierda propugnaban la unidad de la clase, de los sindicatos y aún del partido de los trabajadores, como condiciones necesarias para alcanzar la victoria, diríase que la izquierda pareció guiarse entonces por el principio, verdaderamente suicida, de *divide y perderás*, ya que, a las diferencias que la repartían en partidos y tendencias ideológicas enfrentadas (socialistas, comunistas, leninistas, trotskistas, maoístas, consejistas, anarquistas, etc) se sumaban las divisiones territoriales provocadas por la defensa del derecho de los pueblos a la autodeterminación, donde a escala regional se reproducía la división en tendencias políticas. Lo cual implicó, contra las advertencias de Lenin y, en España, de Andreu Nin (1), la progresiva fragmentación organizativa de los partidos existentes para irse adaptando al ámbito de la lucha nacional y regional, y después al marco de la competición electoral, hasta formar partidos nacionales independientes, que mantenían con sus grupos matrices una tensa relación, que oscilaba entre la federación y la confederación. Con el paso de los años, en los lugares donde el sentimiento nacionalista era más fuerte, las izquierdas se fueron dividiendo y adaptando al clima ideológico imperante, hasta volverse inoperantes como alternativa a los partidos nacionalistas o, incluso, llegar a subordinarse a su estrategia. Ahora estamos recogiendo los resultados

de aquellas decisiones, en las que la izquierda subordinó la lucha social a la lucha nacional y lo que hizo fue fortalecer a los partidos de la derecha nacionalista, que, primero en el País Vasco, con el Plan Ibarretxe, y luego en Cataluña, con el *Procés*, se han sentido con el respaldo social suficiente, tanto de sus propias fuerzas como de la izquierda, como para intentar dar el paso lógico, que es la independencia, y tratar de obtener la secesión del territorio reclamado como propio, mientras la izquierda histórica ha perdido influencia en ambas comunidades o sobrevive entre giros oportunistas, a costa de subordinar su programa, en el caso hipotético de que lo tuviere, a la hegemonía identitaria. Tendencia a la que no escapan las nuevas izquierdas.

#### Notas

1. "No faltan entre nosotros elementos que, con total desconocimiento de la posición fundamental del bolchevismo ante la cuestión de las nacionalidades, quisieran conducir al movimiento obrero de Cataluña a una independencia orgánica en relación al movimiento español, que tendría consecuencias funestas para la causa de la revolución proletaria en general y serviría a la vez, al dividir a la masa trabajadora, a los intereses de la burguesía catalana y el imperialismo español" (Nin, *Los movimientos de emancipación nacional*, Fontamara, 1977, p. 135).

"Deben rechazarse enérgicamente las teorías que, como la de la escuela austríaca, conducen, con su famosa fórmula de 'autonomía cultural' a la división de los trabajadores. En cada Estado, los obreros deben actuar vinculados estrechamente en organizaciones unificadas, no constituidas en base al principio nacional, sino al de la clase" (Nin, *ibid*, 147).